tianismo moderno, para trasladarnos á aquellos tiempos en que la Desposada de Cristo, todavía vírgen, casta y pura, no habia entrelazado con las espinas de la corona de su celestial Desposado las rosas y los mirtos de la pagana Venus, cuando, pobre de los tesoros de la tierra, era rica con la pura palabra de Dios (1).» «Nos separamos de la tradicion que nos ha precedido;» pero «somos cristianos,» pues profesamos «la religion eterna» de Cristo, aquella «religion pura y espiritual, que nada excluye.» «El dogma romano, con su inmutabilidad, es tan contrario al espíritu del verdadero Cristianismo como á la ley eterna del progreso de la humanidad.» «La forma más grosera del Cristianismo es la forma romana.» En el siglo XVI, los cristianos que no aceptaron «las ideas generosas de la Reforma» sometieron ciegamente su conciencia al Obispo de Roma, y formaron esa Iglesia «autocrática, suspicaz, intolerante,» que hoy dia causa espanto á las modernas sociedades. Luego, «¡paz con Jesús, guerra á la Iglesia romana!»

3.º Tercer sistema.

58. Dicen además: La mision de la Iglesia fué grande, pero se acabó ya. «Con la fe nos guió hácia la razon;» hoy la razon ya formada debe reemplazar á la fe. La Iglesia fué «la nodriza de los pueblos;» ahora que son adultos, no quieren permanecer ya en su regazo. ¿Por qué no se resigna? La nodriza no se desconsuela, cuando el niño anda ya solo.

4.º Cuarto sistema.

59. No faltan muchos que quisieran dar cabida á la Iglesia en el nuevo edificio social. «¿Quién, mejor que la Iglesia, puede moralizar al pueblo? Posee el secreto de enseñar á respetar el órden y la obediencia á las leyes y á los magistrados.» Pero quieren que se vuelva más tolerante, y que conforme su doctrina y disciplina con el espíritu moderno. Pídenle que reconozca, como

(1) Feuerbach, *Esencia del cristianismo.*

las sectas protestantes ó griegas, la supremacía del Estado.

«Con estas condiciones, la aclamaremos; de lo contrario, la proscribirémos.»

5.º Conclusion.

60. Sí, la proscripcion: hé aquí lo que en definitiva otorgan todos á la Iglesia. Parecen dispuestos á reconciliarse con ella, pero á condicion de que apostate. Ensalzan á Jesucristo, alaban á la Iglesia *cristiana;* lo hacen empero á fin de gritar más alto: Guerra á la Iglesia *romana!* «El Cristianismo es esencialmente nuestro amigo, el clericalismo,» ó sea el Cristianismo romano en la jerarquía sacerdotal, «es naturalmente nuestro enemigo irreconciliable.» El Cristianismo fué instituído por Jesucristo, y lo bendecimos; el clericalismo fué creado por los sacerdotes, y lo maldecimos.

El clericalismo comenzó en el Concilio de Nicea, en 325, con la proclamacion *de la infalibilidad del cuerpo episcopal y de la divinidad de Jesucristo.* Desarrollóse en los siglos IX y X con el establecimiento de la supremacía papal sobre el cuerpo episcopal. Este acto tuvo por punto de partida las falsas decretales, y por instrumentos *la institucion del celibato eclesiástico,* impuesto el año mil, que remachó los sacerdotes á Roma como una manada de galeotes á sus hierros; *la confesion auricular,* la inmoral confesion, que fué el golpe maestro de la gran maestra de la astucia y la mentira, é hizo marchar tan aprisa al Papado hácia su apogeo; *la soberanía temporal de los Papas,* «que puso á todos los pueblos bajo el yugo más infame que jamás haya oprimido á la humanidad;» *la Inquisicion,* la criminal Inquisicion, cuyo objeto es ahogar la justicia y la verdad, que hizo encarcelar, desterrar y poner en prisiones á millones de inocentes, la Inquisicion que hizo quemar vivos, sólo en España, á 34,658 personas, y condenó á cárcel y galeras á 288,214 (1).»

(1) *Del Clericalismo y medios de abatirle.*

«Amamos á Jesús, el dulce y suave *Nabí* de Galilea; pero Roma es la Bastilla del género humano, es necesario aniquilar á Roma.»

V. Observacion: Necesidad de desconfiar de los falsos admiradores de Jesucristo y de su Iglesia.

61. Quizás el lector hallará que nos hemos extendido largamente sobre las teorías de la segunda escuela. Pero tenemos empeño en precaverle de la admiracion hipócrita que todos estos sofistas profesan tributar á Jesucristo, á su Iglesia y Evangelio.

«Jesucristo es un grande hombre, un genio...;» decís vosotros. Yo os pregunto: «¿Es Dios?—Nó.»—Pues bien, «aquel que no confesare que Jesucristo es el Hijo de Dios que vino en carne, es un anticristo é impostor (1).»

Decís: «La Iglesia llenó el pasado con sus beneficios; dió á luz la civilizacion moderna...» Os pregunto: «¿Tiene orígen divino, poderes divinos, y fin sobrenatural?»—Decís: «Nó.» Retiraos. «A aquel que no oye á la Iglesia» como la voz misma de Dios, «tenedle por gentil y publicano (2).»

Decís: «El Evangelio me mueve; su santidad me habla al corazon, su majestad me pasma. ¡Qué uncion! no hay libro que pueda con él compararse.—Sí; pero ¿es en sentido católico la palabra de Dios revelada?—Nó.—¡Anatema!»

Estos sofistas inciensan á Jesucristo para llevarnos á renegar de Él; su admiracion de la Iglesia y el Evangelio es un lazo.

VI. Algunas observaciones históricas.

62. No es nueva esta táctica. Los gnósticos de los primeros siglos hacian distincion entre «la enseñanza pública» dada por Jesús á los Apóstoles y por ellos transmitida á la Iglesia, y «la enseñanza secreta» dada á algunos discípulos escogidos, que sus sectas habian

(1) II Joan. 7
(2) Matth. XVIII, 17.

heredado, y, en nombre de «la doctrina secreta» ó «gnosis,» rechazaban los dogmas católicos. Más tarde las sectas maniqueas opusieron la «verdadera enseñanza» de Jesucristo, que decian poseer, á «la doctrina corrompida» profesada por la Iglesia. Las mismas pretensiones, como en otro lugar veremos, hallamos en muchos institutos masónicos. Los escritores racionalistas cuyos procedimientos acabamos de describir, son, pues, los sucesores de los gnósticos y de los maniqueos, y los órganos inconscientes, á menudo, de las logias.

Con todo, podemos preguntar, por qué los sofistas del siglo XIX se muestran tan respetuosos con Jesucristo, mientras que los del último siglo le atacaban con tanta violencia. La principal razon de este cambio de táctica hay que buscarla, segun creemos, en la especie de reaccion que se ha obrado en favor de Jesucristo y de su Religion. Los sarcasmos de Voltaire y las violencias de la Revolucion, en vez de aniquilar la fe, la han reavivado doquiera, y áun allí mismo donde no la han hecho renacer, le han suscitado simpatías desconocidas. Los racionalistas no han podido escapar del movimiento general.

«Parece convenido en el dia, dice con tristeza una mujer impía, que todo escritor haya de cantar, de paso, un himno á la gloria del Profeta galileo, ó cuando menos inclinarse respetuosamente al pronunciar su nombre. Sabios, filósolos, moralistas, hasta jurisconsultos, todos se conforman con la regla y se quitan devotamente el sombrero saludando al Señor de la mayoría (1).» Los racionalistas decentes alaban á Jesucristo porque admiran esta «gran figura.» Los demás, hasta los que abrigan un odio satánico contra el Dios de los cristianos, deben disimular, y precisamente para com-

(1) Clemencia Royer, *Prefacio á la traduccion de Darwin.*

batir más eficazmente el reinado de Jesucristo, vense forzados á rendirle homenaje. «Pues, ¡qué! vos, gran filósofo, célebre historiador, ¿aún seguís hablando del Evangelio como Voltaire? ¿fingís desconocer los servicios prestados á la humanidad por la Iglesia? Si continuais llamando «el infame» á Jesucristo, vamos á hacernos católicos.» Tales son las palabras que ciertos racionalistas de nuestro siglo hubieran de buena gana dirigido á los escritores impíos. «¿Queréis, pues, oir el elogio de Jesús?» parece como que respondieran éstos. «Pues bien, vamos á elogiarle; pero al elogiarle, sabremos renegar de El. ¿Os gusta el Cristianismo? pues bien, cristianos somos, y en nombre del Cristianismo atacamos el órden sobrenatural.»

VII. Algunas observaciones apologéticas.

63. Hay cierta habilidad en atacar el «cristianismo grosero de los católicos» en nombre de un «cristianismo más espiritual.» No obstante, no es difícil hallar en la teoría misma de los contrarios, principios para refutarla.

Confesais que Jesucristo fué sincero; luego habló como pensaba. Decís que tenia superior inteligencia; luego no pensaba como un insensato. Más afirmó solemnemente, delante de sus discípulos (1), y ante las muchedumbres (2), y ante el Sanedrin (3), que era Dios. Luego verdaderamente es Dios; pues, si lo afirmó sin creerlo, no es sincero; y si lo creyó sin serlo, está demente.

(1) Tu es Christus, Filius Dei vivi... Beatus es, Simon Barjona... (*Matth.* XVI, 16, 17.—Ostende nobis Patrem... Qui videt me, videt et Patrem... Omnia quæcumque habet Pater, mea sunt. (*Joan.* XIV, 8, 9; XVI, 15).

(2) Quousque animam nostram tollis?... Ego et Pater unum sumus... Quia tu, homo cum sis, facis teipsum Deum. (*Joan.* X, 24, 30, 33).

(3) Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis si tu es Christus, Filius Dei... Tu dixisti... (*Matth.* XXVI, 63, 64).

64. Tambien decís: «Los Apóstoles y sus discípulos eran sinceros.» Añado yo: «Pues los que escribieron los cuatro Evangelios son los Apóstoles San Mateo y San Juan, y los discípulos de los Apóstoles, San Marcos y San Lucas.» Y así concluyo: «Luego los milagros referidos en los Evangelios son verdaderos, y por lo mismo Jesucristo es Dios.»

¿Qué negais, pues, en este raciocinio? ¿la menor? Pruebo la menor: No puede dudarse de la autenticidad de un libro, cuando viene atestiguada por la tradicion constante y universal de una sociedad pública, sobre todo de una sociedad universal. La Iglesia, sociedad pública y universal, siempre ha mostrado los Evangelios como obra de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Por consiguiente, ó negais la autenticidad de las historias más ciertas, ó debeis reconocer la de los Evangelios.

65. ¿No veis, oh racionalistas, que cada mártir es un testigo que os condena? Los Mártires de los tres primeros siglos se cuentan por millares y hasta por millones; los hay de todos los países, edades y condiciones. Habreis, pues, de decir que estas muchedumbres llevaron el amor de Jesucristo hasta el sacrificio de la propia vida por un entusiasmo irreflexivo. El católico os responde: «Si hay muchedumbres que den la vida por una doctrina, es porque arrastra la adhesion de su espíritu á causa de una certeza incontrastable.» Sólo la verdad puede llevar hasta tal heroísmo á hombres sencillos, mujeres y niños.

66. Más todavía: cada conversion á la fe cristiana os acusa de error. Posible es en el teatro derramar alguna lágrima por una ficcion; mas no se abraza una religion que condena todas las pasiones, sin antes profundizarla, y sólo por la fe de algunos espíritus exaltados. Ved á los pueblos todos alistarse bajo la bandera de la cruz,

y gritaros: «Sólo la verdad puede fortalecer el espíritu humano hasta llevarle á combatir rudamente con la carne. El entusiasmo ciego no hace capaz de una inmolacion universal, constante y circunstanciada; para ello es menester profunda conviccion de la verdad. Nos hallamos en lucha con nosotros mismos; no es un mito, sino la verdad evidentemente conocida, quien nos da armas para combate tan penoso.»

67. Mejor inspiracion teneis vosotros, los sofistas, cuando hablais de la inmutabilidad de la Iglesia romana. Todo, en efecto, se cambia á su alrededor; sólo ella permanece la misma siempre. Fórmanse las sectas y se desprenden de ella; y ella persevera sin alteracion. A la verdad, su inmobilidad constante y vuestras propias confesiones me prueban que es ahora lo mismo que era el primer dia. Pero si ha sido siempre lo que es, salió de las manos de Jesucristo en la forma que hoy presenta á nuestros ojos. No vengais, pues, sectarios que nacísteis diez y ocho siglos después de ella, no vengais pretendiendo que conoceis á Jesucristo mejor que ella misma, y que poseeis la doctrina que se ha alterado en sus manos.

CAPÍTULO III.

Conclusiones de ambas escuelas.

1.º Conclusiones sobre Jesucristo.

Terminemos este exámen de ambas escuelas resumiendo sus conclusiones.

Segun la primera escuela, Jesucristo es el mayor impostor ó un personaje fabuloso inventado por impostores.

Segun la segunda, es un sabio sublime, un ideal ó un mito.

Segun una y otra ni es Dios, ni el Enviado de Dios,

sino un personaje fingido, ó un hombre que, al decir de unos, se hizo pasar mentirosamente por Dios, y, al decir de otros, fué erigido en Dios ya por la impostura, ya por una admiracion fanática.

2.º Conclusiones sobre la Iglesia.

69. Para la primera escuela, la *Iglesia católica* es obra de un ambicioso que quiso sobrevivir á sí mismo y perpetuar su reinado entre los hombres, quien no contento con haber engañado al género humano durante su vida, pretendió avasallarle después de su muerte, fundando una sociedad, á la cual, como Dios, dió poderes divinos, é hizo independiente de toda autoridad terrena, señora de reyes y pueblos.

Para la segunda escuela, la Iglesia es una sociedad posterior á Jesucristo, hija de la necesidad que tuvieron los Apóstoles de agruparse y reunirse, que se fué lentamente formando en sus leyes, gobierno y culto; sociedad al principio muy modesta en sus pretensiones, pero que, á medida que la favorecieron las circunstancias, aspiró á la tiranía, acabando por dictar la ley á los Estados.

Al decir de la otra escuela, *la Iglesia* es una sociedad puramente humana que se engaña y engaña á los pueblos invocando pretendidos derechos divinos, cuando á lo sumo debe, bajo la dependencia del Estado, concurrir, como toda sociedad civil y política, al bien natural de los hombres.

3.º Conclusiones sobre el Evangelio.

70. Y, cuanto *al Evangelio*, éste no es para la primera escuela más que un tejido de fábulas propuestas por unos trapaceros á la credulidad popular; y para la segunda, un conjunto bastante vulgar de hechos históricos y verdades morales y religiosas, revestidas luego con las formas de lo maravilloso, mezcladas con alegorías y transformadas en mitos.

Pero ni para unos ni otros es la palabra de Dios, y todos están acordes en no ver en él sino un libro cuyo orígen es puramente humano.